RENOVACION

1944

1º de mayo

—¿Será el último que aguanten?

Pensamiento y emoción de España

Es natural —yo soy el primero en comprenderlo— que el rosario de los días de nuestro destierro se desgrane pensando en España. Pensando en España, sintiendo a España, descubriendo a España. Porque muchos de nosotros —me atrevería a decir que la mayoría— empezamos a descubrir a España ahora por primera vez. Empezamos ahora a saber lo que España era, lo que España debe ser. Lo estamos aprendiendo —y por eso abrigo la ilusión de que la lección será fecunda— a través del dolor. No hay peor enemigo de lo español, se ha dicho, que el español mismo. Y es verdad. Si cada uno de nosotros, individualmente, podemos sentirnos magníficos españoles, colectivamente no hemos sabido crear todavía un sentimiento nacional. Y hay que crearlo. Nadie se alarme cuando hablo de un sentimiento nacional español. Porque ese sentimiento no tiene nada que ver con un sentimiento nacionalista. Una razón por la cual toda alarma resultará injustificada, es que una de las características más nobles del español es, precisamente, su sentido de universalidad, no sé si debido, tal vez, a aquellas cualidades que Angel Ganivet —el gran Ganivet, a cuya lectura hay que regresar— encontraba en los pueblos insulares o semi-insulares, como es el español. Yo veo en el hallazgo de ese sentimiento nacional español, a que me estoy refiriendo, una gran fuente creadora. Siendo, como es el nuestro, un pueblo de enorme vitalidad —bien demostrada, tristemente, durante la guerra civil—; siendo, como es también, un pueblo cuya originalidad no ha superado ningún otro, solamente buceando en la entraña española, tratando de encontrarla, identificándose con ella, es como esa capacidad potencial de vida, como esa originalidad insuperada, podrán dar todo su rendimiento. Si los hombres que hicieron la sublevación militar hubieran sentido a España, yo os aseguro que no se hubiera producido la guerra civil. No la sintieron, no la sienten. Todo en ellos es extraño, foránec, antiespañol. Incluso la crueldad fría, calculada, aplicada como razón de estado, que en España no ha tenido nunca tradición. Basta, para convencerse de la justeza de estas palabras mías, la lectura de los periódicos españoles de hoy, desprovistos totalmente de emoción nacional, usando un lenguaje extranjero, ensalzando un rito extraño a nuestra mentalidad y a nuestra psicología, imponiéndonos, en fin, el disfraz de unas concepciones ajenas con las cuales España no podrá identificarse jamás. En cambio ¡cómo canta el alma de España en unas palabras que os voy a leer! Veo al autor. Lo veo, recién iniciado nuestro destierro, mirando desde tierras de Francia hacia la raya invisible de los Pirineos... Se le enturbian los ojos; siente entonces toda la emoción española que le brinca en el pecho. Y nuestro autor escribe:

"España sonaba, ¿cómo sonaba?, a rumor de mieses en Castilla, a soleá de torero, a jarcias zurradas por las rachas del Cantábrico, a jota de segador, a andadura de merinos en Extremadura, a zorzico de piloto, a extremecimiento de chopos a orillas del Duero, a sardana de payés, a frotamiento de cepas riojanas, a folía de tabaquero... ¿A qué suenas tú, España, cuando no suenas a muerte?"

Estas palabras llevan una firma: Julián Zugazagoitia que, poco después, en vísperas de que le diera caza, también en tierras de Francia, la policía de Falange, se preguntaba: "¿Vamos a continuar en el mismo escorzo violento más tiempo del que la propia vida nos acuerde, prolongando la desesperación a través de nuestros hijos?"

Y el propio Zugazagoitia se daba la respuesta: "Entre los que contesten rotundamente no, me inscribo."

Tampoco podía dar otra respuesta una España dominada, como la de hoy, por españoles espúreos. No hubieran encontrado otra dentro de sí mismos. De cuando en cuando, a los acordes graves del órgano, que canta la epifanía de Nuestro Señor; nimbado por el humo del incienso; trazando la cruz del Redentor con mano blanda en la que brilla el anillo pastoral, algún arzobispo español susurra palabras de piedad y de fraternidad cristiana. ¡Piedad cristiana! ¡Fraternidad cristiana! ¡Convivencia de los españoles! Mientras recorran los caminos de España, mendigando su hambre de puerta en puerta, los trabajadores a quienes se les niega autorización para trabajar, no puede hablarse de convivencia; mientras cada día se vistan de luto nuevos hogares españoles, no puede hablarse de convivencia; mientras media España esté pagando a los carceleros que guardan en prisión a la otra media, no puede hablarse de convivencia; mientras el sol de cada amanecer ilumine sobre las bardas la sangre fresca de los fusilados, no puede hablarse de convivencia; mientros nosotros estemos aquí, no puede hablarse de convivencia.

Manuel ALBAR.

Director:
Ovidio Salcedo

RENOVACION

Administrador:
J. Fernández

ORGANO QUINCENAL DE LA FEDERACION DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

Tacuba 15 - Teléfono Ericsson 18-27-34

Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de la Oficina Central de México, D. F. con fecha 3 de Marzo de 1944

Año I - Núm. 5 | MEXICO, D. F., 1o. DE MAYO DE 1944 | Precio 0.15 cs.

FEDERACION DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

ANTE EL 1°. DE MAYO

Por primera vez, después de nuestra guerra, los jóvenes socialistas españoles, como colectividad, nos unimos al proletariado internacional en la conmemoración de la fecha simbólica del 1o. de Mayo.

Más que Fiesta del Trabajo, fué siempre, para nosotros, este día, una jornada de lucha. De lucha contra el sistema capitalista; por la desaparición de la explotación del hombre por el hombre; por la conquista de la libertad económica, base indispensable para el logro de la libertad política y la justicia social en el mundo.

Observando el trágico panorama que representa la gran contienda bélica actual y acuciados por una realidad que fuera necio negar, reafirmamos, sin vacilaciones, nuestra condición de beligerantes al lado de las naciones unidas.

Pese a los principios pacifistas que profesamos —a los que por imperativo de la conciencia seguimos rindiendo culto de fidelidad—, con más exaltación sentidos en época de guerra que de paz, colaboraremos con la misma pasión que hasta aquí, desde nuestro humildísimo marco, por el aniquilamiento de las fuerzas totalitarias.

La fe que nos mantuvo en España, durante tres años, con las armas en la mano, no se ha desvanecido en los jóvenes socialistas. Al contrario. Entonces, las democracias, faltando a la solidaridad que nos debían —hoy también se traicionan al transigir y pactar con Franco—, nos dejaron morir. Hoy están ellas en guerra. Guerra que no es independiente de la que se inició en suelo español el 18 de julio de 1936. Demasiado notorio y público es ya, para que volvamos a repetirlo nosotros, que ésta es la continuación de aquélla. Por eso nos creemos con derecho a pensar y a esperar que la victoria de los aliados será el triunfo de la República Española, que en el orden local constituye, como cuestión previa a resolver, toda nuestra ambición.

En el orden internacional, nuestra fe socialista otea, para cuando acabe la guerra, una transformación radical de los viejos moldes del capitalismo. Pero semejante cambio no será ofrecido en bandeja de plata a los trabajadores.

Las democracias triunfantes, pese a determinadas apariencias circunstanciales, no se abrirán sin esfuerzo a las exigencias más importantes del movimiento obrero. Confiamos en que el proletariado organizado del mundo sabrá imponer sus derechos de clase, por una Sociedad más humana y más justa.

LA COMISION EJECUTIVA

INUTILIDAD DEL ATENTADO

El atentado, afortunadamente fallido, contra el general Manuel Avila Camacho, Presidente de la República, aprisiona merecidamente la actualidad mexicana, abierta a todas las hipótesis. ¿Es obra del desequilibrio mental, como quieren unos? ¿Producto del fanatismo, como quieren otros? ¿Simple consecuencia de sombrías conjuras políticas, como se ha dejado entrever? Nos guardaremos muy bien de formular sentencia, papel que no nos corresponde. Pero, sea cual fuere la motivación del magnicidio frustrado, el penoso acontecimiento brinda ocasión para discurrir brevemente sobre un tema que, siendo viejo como la Historia, no envejece nunca: el del asesinato como arma de lucha política.

México, como España—pueblos, los dos, propicios a los desbordamientos de la violencia—, tienen, desgraciadamente, tradición, pero raro será el pueblo que en su acervo histórico no haya conocido el empleo de la violencia individual en las luchas políticas. De esa locura—porque tal es el calificativo que, sin duda, le cuadra mejor—no se ha librado nadie. Bajo el fuego de las pistolas o abatidos por el puñal cayeron Obregón, Carranza y Madero, en México; Lincoln, en los EE. UU.; Sadi Carnot, en Francia; Humberto I, en Italia; Alejandro II, en Rusia; Alejandro I y Alejandro II de Servia..., por no citar sino algunos de los gobernantes y príncipes que pagaron su tributo al fanatismo político o religioso, los dos impulsos que, casi sin excepción, mueven la pasión homicida en el curso de la historia política. En determinadas épocas, la violencia política, representada por el asesinato, se exacerba y alcanza proporciones de contagio social. Hubo, por ejemplo, en los últimos años del siglo pasado, un período en el que las propagandas anarquistas, mal comprendidas, trastornaron la imaginación indefensa, por incapacidad cultural, de muchos iluminados. No faltaron incluso poetas que cantaron en Francia, con sus mejores versos, la belleza del atentado. En Rusia alcanzaba, en efecto, perfiles de poema la aventura de Vera Zasulich —delicada y gentil como un lirio—, ejecutora del general Trepoff, el verdugo de la policía zarista; el 11 de mayo de 1878, un exaltado disparaba su carabina, en Berlín, sobre Guillermo I, agresión que se repetía en junio, causándole al emperador dieciséis heridas; el movimiento terrorista no cesa en Rusia y, a la par, se extiende por Europa; la destrucción total de la iglesia de Bois du Verne, por la dinamita, señala en Francia una larga serie de episodios trágicos que tendrían como figura principal y alucinante a Ravachol, a quien el romántico Leconte ensalzaba públicamente en el café de Riche a la vez que rompía los espejos; los ministros Constans, Treille y Etienne reciben un día sendos misales entre cuyas hojas, vaciadas, se esconde dinamita; en España, atenta Pallás contra Martínez Campos, Cánovas muere a manos de Angiolillo y se atenta contra Alfonso XII y Alfonso XIII. Inglaterra, en donde el contagio no es fácil, tampoco se salva enteramente de él. Hay una tentativa para hacer saltar el Parlamento y las oficinas del **Times**, y hacen explosión las bombas colocadas en Wesminster, en el Metropolitain y en Paddington; hasta el Japón, tan alejado de las corrientes políticas y sociales de Europa, llega la ola de violencia: dos ministros reciben, en Tokio, sus bombas respectivas ocultas en las cajas de la correspondencia...

Pero la repetición hasta el infinito de los hechos de violencia, bien respondan al fanatismo de la izquierda o de la derecha, ya sean de carácter religioso o heterodoxo, y la insistencia en el atentado personal prueban solamente la absoluta inutilidad de la violencia física—no hablamos ahora de las revoluciones, que son cosa distinta—en las querellas políticas. No se ha remediado con ella ningún mal, ni se ha resuelto ningún problema, sino al contrario. Y a través de la experiencia, el antiguo contagio de fin de siglo ha ido desapareciendo hasta quedar reducido a sucesos esporádicos que no cuentan. Solamente en régimen dictatorial, cuando el terror se erige en sistema de gobierno, es cuando se comprende y puede justificarse la apelación al atentado personal, inconcebible en un régimen de libre discusión. La libertad mata la violencia, mientras la violencia no hace sino matar la libertad. Ravaillac pudo asesinar a Enrique IV, en 1610, creyendo servir al Papa y a la Iglesia católica. Lo que ni Ravaillac ni nadie puede aniquilar por el fuego o el puñal es el espíritu de tolerancia que resplandece en el Edicto de Nantes.

●

CARNET DEL EXILIO

"¿Hay algo de que se pueda decir: he aquí esto es nuevo? Ya fué en los siglos que nos han precedido.
Y nada hay nuevo debajo del sol."

La Biblia. Ecclesiastés, cap. I, 9-10.

BARCELONA.—"No me ruegues que te deje y me aparte de ti: porque donde quiera que tú fueres, iré yo; y donde quiera que vivieres, viviré. Tu Pueblo será mi Pueblo, y tu Dios mi Dios."

La Biblia. "Libro de Ruth", cap. I, 1-16.

AERODROMO DEL PRAT.—"En buena hora naciste, por malos mentirosos sales echado del reino. Bien veo que llegó ya la hora, y que en vida nos habremos de separar el uno del otro, como por muerte."

Cantar del Mio Cid.

LA FRONTERA. FRANCIA.—"Todas las culpas caerán sobre los vencidos, como es costumbre. Tú abandonarás las cosas que más entrañablemente amas: y este es el primer dardo que arroja el arco del destierro. Tú probarás cuán amargo es el pan ajeno, y cuán duro camino el subir y bajar las escaleras de los otros. Pero lo que más te pesará, habrá de ser la compañía estúpida y malvada con la cual caerás en ese Valle."

Virgilio, "La Eneida". Canto I. (Ilioneo a Dido.)

"Todos opinaron que era preciso huir de esta tierra que faltaba a la hospitalidad."

Virgilio, "La Eneida". Canto III.

NUEVO MUNDO.—"Viéndose, pues, tan falto de dinero, y aun de amigos, se acogió al remedio a que otros muchos perdidos se acogen, que es el de pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España."

Cervantes, "La Ilustre Fregona".

"Y determiné de pasarme a Indias, a ver si mudando mundo y tierra mejoraría mi suerte; y fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbre.

Quevedo, "Vida del Buscón".

LA ESPERANZA.—"Porque los griegos no dan propiamente el nombre de paz sino al acuerdo que dos partidos forman entre sí, por el camino de la razón y no por el de la fuerza."

Plutarco, "Vida de Varones Ilustres". (Numa Pompilio.)

OBSESION DE ESPAÑA.—"Entre todas las tierras del mundo, España ha una extremanza de abondamiento o de bondad, mas que otra tierra ninguna... Es cerrada toda en derredor, del un Cabo de los Montes Pirineos, que llegan hasta el mar Océano; de la otra parte, del mar Tirreno... España es como el Paraíso de Dios; ca riégase con cinco rios cabdales, e cada uno dellos tiene en si e el otro grandes montañas e tierras; e los vales e los llanos son grandes e anchos; e por la bondad de la tierra e el humor de los rios llevan muchos fructos e son abondados. España, la mayor parte della se riega de arroyos o de fuentes e nunca la menguan pozos en cada lugar donde los ha menester. España es abondada de mieses, deleitosa de fructas, viciosa de pescados, sabrosa de leche e de todas las cosas que della se facen; provechosa de mulos, segura e bastida de castillos, alegre por buenos vinos, folgada de abondamiento de pan, rica de metales y de toda manera de piedra mármol; vriosa de sirgo e de cuanto se face d'el. Dulce de miel e azucar, alumbrada de cera, cumplida de olio, aromosa de azafrán..."

Alfonso X El Sabio.

LA ASPIRACION.

"Una tumba en nuestra Patria
para nuestros huesos,
¡te rogamos, Señor!"

Mickiewicz, "Litanies du Pelerin".

EL HOY.—"¡Maravíllate del que siente arder sus entrañas y se queja de sed, teniendo el agua en la garganta!

Safwan ben Idris. (Poeta árabe nacido en Murcia en 1165.)

"¡Y la herida palpita en el fondo del pecho!"

Virgilio, "La Eneida", cap. IV-67.

La iniciativa privada en la industria pesquera

La psicología ingénita en el capitalista español, no pertenece a esta época. Corresponde a la del artesanado, a cuyos procedimientos y sistemas se ha aferrado, no admitiendo, en ningún caso, la exigencia vital de renovarse y actuar al unísono de las necesidades contemporáneas. En España no hay ni uno de esos fuertes capitanes de industria que en otros países, especialmente en Estados Unidos, han demostrado su compenetración y visión sobre la relación existente entre sus actividades y los intereses nacionales, y a los que su imaginación y audacia le impulsó a enfrentarse con los mundiales. Si ha surgido alguno de esta importancia, el campo político lo absorbió.

Sin embargo, impulsada por la marcha del tiempo, nuestra industria ha progresado y, en su desarrollo, nos exige la transformación de su estructuración, obligándonos a depreciar, por inadecuadas, las colaboraciones individuales e independientes entre sí, para adaptar, no ya la de poderosas sociedades anónimas, en notable desacuerdo con las necesidades de los pueblos y de muy difícil arraigo entre españoles en nuestro país, sino el más perfecto, más justo y más humano de centralización y unificación de entidades cooperativistas.

Hay, pues, en nuestra Patria, una disociación absoluta entre las necesidades de la industria y la capacidad de los industriales. Prueba fehaciente de tan grave afirmación es la industria pesquera de altura, cuyo análisis realizamos a continuación.

Esta industria se inició, de manera efectiva, en 1928, en que nuestros barcos comenzaron a desplazarse hasta el Grand y Petit Sole por el Norte y Río de Oro por el Sur. Más de 400 millas en busca, principalmente, de la merluza y la pescadilla, así como otras especies planas de carnes finas. En esas aguas, de septiembre a abril, los temporales decretan una veda y recría forzosa, que asegura la obtención de magníficas caladas en los meses restantes.

Se estudió la aplicación de nuevos procedimientos de producción, hasta generalizarse los de arrastre por "bous" o por "parejas", facilitando ocasión para demostrar, una vez más, las excepcionales aptitudes del pescador español. Otros países, muy especialmente Inglaterra, copiando nuestros medios, intentaron adaptar nuestros sistemas. Les falló el factor hombre y el fracaso fué absoluto.

Tenían nuestros productos un grandioso mercado. Las exportaciones en fresco a Francia, Inglaterra, Suiza, Austria, etc., eran fabulosas y resultaron tan halagüeñas que, los armadores, reflejando fielmente su miopía comercial, violentaron desordenadamente la construcción de embarcaciones, llegando a disponer de la desproporcionada cifra de 500 aproximadamente.

Esa miopía a que nos referimos, les impidió reconocer que los bancos pesqueros en explotación estaban también al alcance de las flotas de los países receptores, los que, ampliándolas, pecaron de los mismos errores, por ser idéntico el defecto de origen. En 1934 la industria pesquera de altura del occidente europeo se aproximaba a su ruina. Inglaterra decretó el amarre del 20 por 100 de su flota. Francia, que de cada dos toneladas desguazadas se construyese una, y todos los países receptores promulgaron contingentes de importación a nuestros productos en fresco, de los que, en 1935, solamente admitían unos tres millones de kilos.

En España hubo de volcarse sobre el mercado nacional, no preparado para recibirla, el total de la superproducción, y las consecuencias amenazaban ser fatales en un futuro muy inmediato. Los intermediarios aumentaron, llegando a formar una extensa red que, aprisionando a la industria, sustraía al pueblo y a la economía nacional los beneficios que de su esplendor les era lícito esperar. La pesca de bajura, base primordial de nuestra riqueza, hubo de sentir, muy intensamente, tan desastrosos efectos, convertidos en serios obstáculos para su desarrollo.

Los armadores fueron incapaces de comprender que la grandiosidad del problema exigía la unión compacta de sus esfuerzos. En el seno de la Federación Nacional de Armadores de Altura, entidad por ellos creada, no se tomaban en consideración los problemas generales de la industria y sus relaciones con el pueblo y con el Estado, y sí las apetencias individuales de aquellos de sus afiliados de más personalidad política. La reducción de los impuestos y la cuantía de la parte correspondiente a los trabajadores eran, según ellos, las únicas posibilidades de solución.

Individualmente, los más potentes se sirvieron de la situación para precipitar el logro de sus más caras ambiciones: la monopolización de un sector determinado. Prueba de ello es la vileza de procedimeintos que han distinguido a Ramón Carranza, en Cádiz, sirviéndose de su testaferro José Sibón, arruinando a todos los que se negaban a supeditarse a sus planes y malogrando el desarrollo pesquero del puerto de Algeciras, el de más importancia estratégica en el Sur.

Otros, convencidos que el problema era únicamente de organización de la distribución, pues la capacidad de consumo era superior a la producción, optaron por simplificar el número de intermediarios, suplantándolos en sus funciones, y así Lamigueiro fracasó en semejantes proyectos por su desmesurada ambición de acaparar el suministro de Madrid, y Curbera, Félix García, Carranza, etc., por su desproporcionado e inadecuado aparato burocrático.

Hubo quienes emplearon su fuerza política en convencer a los muy asequibles gobernantes, principalmente en el bienio negro, de la conveniencia de municipalizar los servicios de los mercados centrales. Afortunadamente, acontecimientos a ellos extraños malograron la consecución de sus egoístas propósitos.

Las gestiones que alguien pudiese verificar en pro de la centralización de la industria, única solución positiva del problema, tropezaban con los fatídicos intereses creados. La cerrilidad de los armadores era la dificultad más destacada. Su idiosincrasia le hacía preferir ser cabeza de ratón, conscientes de su incapacidad de defensa.

Nos es dado esperar que en los primeros tiempos de la postguerra nuevamente nuestros productos en fresco serán solicitados sin límite, pero, como los países receptores tendrán tam-

NOSTALGIAS

¡Juventud, divino tesoro! En efecto. Valorada a la luz de la experiencia, la juventud es un tesoro que generalmente no sabemos estimar hasta que la hemos perdido. Propicios los dioses a llenarla con la vida misma, es ciega en muchos casos y anda como a tientas, sin percatarse de que los ojos de la razón le han sido dados para guiarse en las encrucijadas del vivir.

Mas si los ojos de la razón andan a menudo en modorra y somnolientos, los de la pasión, abiertos siempre a imperativos juveniles, atisban todo cuanto a pasiones concierne y les rinden el tributo que la edad exige.

No es un mal rendir tributo a la vida, empleando las energías juveniles en el sano deporte, en honestas lides amorosas y hasta en locurillas de buena ley, es decir, de esas que no trascienden a otra cosa que a acreditar la juventud, área en la que cabe un buen volumen de travesuras.

Pero... ¡Nunca falta un **pero** que venga a amargarnos la existencia o a condicionar lo que ambiciona el deseo!

Y de eso se trata, de condicionar. Con todos los derechos de la juventud es preciso armonizar todos sus deberes, porque aquéllos no tendrían justificación sin el cumplimiento de éstos. Puede verterse la redundancia de energías como desborda del vaso el líquido espumoso. Las burbujas doradas del vino rebosante sobre el borde de las copas, nos han dado a las veces la idea de la alegría juvenil, de la risotada abierta y franca en la que canta la vida. Mas la vida se manifiesta riendo cuando está satisfecha de sí misma. Si riera sin justificación, acusaría inconsciencia o acaso idiotez. Ha de reir, pues, en los años mozos, tanto porque se siente desbordante, cuanto porque se sienta satisfecha de sí misma. Y nadie puede estar satisfecho si previamente no ha dejado cumplidos sus deberes.

Se avecinan días de lucha, de intensa actividad creadora. Es preciso padrear el mañana. Y puesto que es para vosotros, para la juventud actual, a vosotros compete poner en la cópula todo el amor preciso para encarnarlo, todo el esfuerzo para que resulte robusto, noble y digno.

Si pudiera concebirse un Creador omnipotente de figura humana, la conciencia y el placer de su creación se manifestarían seguramente en una amplia sonrisa, al ver que los mundos salían de sus manos para echarse a rodar por el espacio.

¡Crear! ¡Concepto sublime y ambicioso que el pensamiento hermana con la energía! Y puesto que de ésta sois los depositarios por privilegio de la juventud, hacedla fecunda... hasta poder reir noble y conscientemente, por sentiros satisfechos de vosotros mismos.

Hay un deporte también de los espíritus, que consiste en la propia estimación... la que sólo se alcanza por las rutas del deber y del esfuerzo. Y también puede atenderse con el exceso de energías, cuando el espíritu juvenil las contiene.

Vicente LACAMBRA.

---

bién sus programas reconstructivos, las exportaciones serán factibles durante un reducido período. Continuando la industria dirigida por autónomos y múltiples individuos, será imposible evitar situación semejante a la de hace una década y no podemos confiar en que otra guerra la salve de la ruina total.

Asimismo, la reconstrucción de nuestra Patria exigirá la cooperación intensa de todas y cada una de las ramas de su economía y, con carácter preferente, la de la pesca. Si la explotación de esta industria continúa en manos de la iniciativa privada, habrá lugar a la formación de cuantiosas fortunas personales, pero muy exiguos serán los beneficios que al país reporte.

El fomento de las cooperativas de producción y la creación de las de transporte y distribución, obrando todas ellas bajo una sola dirección, que anteponga los intereses del conjunto, esto es, los nacionales a los de cualquiera de las partes, es la única solución para todos los problemas intrínsecos y derivados de esta industria.

CELTA

EL AMO

Una vez vi a un hombre que pegaba a una bestia.

La bestia, toda ensangrentada, miraba al hombre con los ojos sobrehumanos.

Le caían gotas de sudor, gotas de sangre, gotas de lluvia.

A veces parecía que quería gemir y que del miedo no podía, y la garganta se le quedaba hinchada.

Al fin, puso las rodillas en tierra, y, convulsos los ijares, alargando el cuello al cielo, echó un débil relincho de dolor.

Corrí.

Dominando mi ira, di la espalda al hombre y cubrí con mi cuerpo la parte de la bestia donde caían los vergajazos.

Luego, nerviosísimo, miré, no sé por qué, como la bestia, al cielo, que estaba lleno de nubarrones apuñalados de rayos, y sentí ansia de abrazar a un tiempo a la bestia y al hombre.

Pero de pronto, al verme tan manchado de sangre, tan grotesco, solté a reír...

El hombre, sorprendido, desarmado, me miró de pies a cabeza, juró, escupió, exclamó:

—¡Un loco!

Yo pensé:

"Loco hay que ser o parecer a veces.

"Loco soy para ti. Si no, ya estarías gritando que eres el amo de la bestia y que en la bestia mandas tú, y ya estaríamos, tú pegándome y yo pegándote; todo por la bestia.

"No por la bestia que tú crees, no; sino por la de dentro, por la que causa tanta guerra y tanta violencia inútil en nuestro pequeño mundo, por aquella bestia que vive siempre dentro de cada hombre y de la cual tenemos que ser amos o esclavos.

"De modo que tú llámame como quieras; pero en este momento, yo, solo yo, soy aquí el verdadero amo de la tuya y de la mía."

Pensando esto le miré en los ojos al animal, que no sabía cómo mirarme; le miré en los ojos al hombre, que tuvo que bajarlos; me abracé a mí mismo con fuerza, diciéndome: "¡Ay, loco, loco!"

Y corrí a casa, avergonzadísimo de verme tan sucio de sangre delante de la gente.

Tomás MEABE.

LA MUJER EN EL TRABAJO

Después de la guerra de 1914, y como una consecuencia natural de ella, la mujer pasó a desempeñar empleos que, con anterioridad, tenía casi en absoluto vedados. Las actividades de la mujer, salvo casos aislados, se reducían a la enseñanza, costura, labores de empaque en ciertas fábricas y empleos auxiliares, en oficinas. A partir de la fecha citada, los horizontes de la mujer se ampliaron, y su trabajo comenzó a hacer la competencia al del hombre. Después de la proclamación de nuestra República, la mujer consigue en España llegar a un nivel en un todo igual al del hombre, obteniendo incluso el derecho al voto. En nuestra legislación, en las leyes republicanas, la mujer ocupa siempre lugar preferente, teniendo abiertas las puertas para todas las actividades. Tanto en las empresas particulares como en los departamentos ministeriales, el porcentaje de empleadas estaba muy próximo, si no era igual o superior, al de empleados. Con esto no se hizo otra cosa que justicia. Ya están muy lejanos los tiempos en que la mujer no era tenida en cuenta y se la consideraba como un artículo de lujo o una máquina de tener hijos; incapaz de pensar con sensatez y mucho menos de sentir inquietudes que la elevasen sobre la leyenda que sobre ellas pesaba. Igualdad de derechos exigen y, como a seres humanos, igualdad debe dárseles. Si en España esto no llegó antes, cúlpese de ello, en lugar primerísimo, a la iglesia, que siempre tuvo a la mujer como un simple instrumento de sus fines.

La República española dignificó a la mujer. La dió, en cuanto a derechos, todo. Otra cosa muy distinta es por lo que a deberes respecta. Pasará todavía mucho tiempo para que la mujer pueda ser equiparada en deberes al hombre. Hay muchas obligaciones que son consustanciales con el sexo masculino. Obligaciones, todas ellas, ásperas y duras, pero que el hombre cumple considerándolas de él, y hasta tanto que la mujer no le demuestre que puede participar en ellas, por un sentimiento de hidalguía, continuará sobrellevándolas él sólo, sin acordarse para nada de la igualdad. Una inmensa mayoría de los adelantos de que la humanidad goza, nacen al calor de la sangre derramada en las guerras. Los adelantos logrados por la mujer, en lo que a su incorporación a la vida activa supone, también es debido a las guerras. Son producto de ellas. Cuando los hombres faltan, necesario se hace suplirlos con la mujer. Esto es natural, y sería injusto no reconocer su celo y entusiasmo para el desempeño de las funciones que se les asignan. Pero como consecuencia de esto se plantea un problema, problema que, si en la pasada guerra fué grave, mucho más lo será al término de ésta que estamos sufriendo. La legislación que sobre los hombres llamados a filas existía en España, fijaba que todo soldado, al ser licenciado, volvería a desempeñar el mismo puesto que tenía antes de ingresar al ejército. En la mayoría de los países, la legislación sobre este punto es la misma. Pero esto no resuelve en absoluto el problema de los sin trabajo. Lo mismo da que sea hombre o mujer el desempleado. Cuando por necesidades imperiosas de la nación la mujer es llamada a desempeñar determinada misión, no es justo prescindir de ella al término de esas necesidades. La mujer que se capacita para un trabajo, no puede, ni debe, adquirir esa capacitación para un lapso de tiempo más o menos largo, sino para todo el tiempo que ella quiera. Al propio tiempo, tampoco puede ser dejado sin ocupación el hombre que, también por circunstancias imperiosas, tuvo que abandonarla. Por los dos hay que velar y para los dos hay que legislar y prever. Ambos cumplen su misión y los dos merecen el mismo interés del Estado. Es por ello necesario que dos elementos que se complementan no lleguen nunca a colocarse en competencia, competencia que existirá, como ya ha existido, si oportunamente no se toman las medidas encaminadas a evitarlo. Una de estas medidas ha de ser, necesariamente, la completa igualdad de salarios de la mujer y el hombre, en funciones iguales. El pagar a la mujer, por regla general, y lo mismo en oficinas que en talleres, menos salario que al hombre, es un arma arteramente empleada por el capital, el cual se encuentra con sus necesidades cubiertas, con menos desembolso y al propio tiempo crea una masa de hombres sin trabajo, muy necesaria para sus fines. Si la mujer está capacitada para suplir al hombre, que esto beneficie a la trabajadora, pero no al patrono. Claro que el éxito depende por completo de la mujer. Si al igual que la capacidad para el trabajo, adquiere la conciencia de clase, y siempre piensa que la están haciendo justicia y no favor, las conquistas por ella logradas beneficiarán por igual a toda la clase trabajadora, y la mujer será en el taller, como en el hogar, la leal compañera del hombre.

José CUEVAS.

CUANDO LA PAZ LLEGUE

Hace unos días, y con motivo del homenaje a las madres, un periódico de la capital publicaba una fotografía de un cartel. En ella se ven una vivienda destrozada por las bombas, unos "Junkers" y una madre, con rostro demudado por el espanto y el dolor, que abraza, convulsivamente, a su hijo.

¡Cuántos recuerdos trae a nuestra mente la contemplación de esta fotografía! ¡Cuántas evocaciones al verla desde el mirador del tiempo!

Corría el año de 1937. En Madrid, capital de España, pechos heroicos oponían corazones a las bayonetas extrañas y extranjeras. Las democracias dormían confiadas en las promesas de los dictadores. Diariamente, en la Villa del Oso y del Madroño, jóvenes y viejos, pagaban el tributo de su sangre a la causa de la libertad. Las tropas franquistas, con tanques, cañones y aviones italianos y alemanes, trataban de sojuzgar a la capital de la República española. Y día a día, los "Junkers", los "Capronis", los "Heinkel" y los "Savoias", toda esa fauna de aves de rapiña, sembraban, con la cobardía que da la impunidad, su semilla de odio, de dolor, de sangre...

Sobre el cañamazo de la ciudad martirizada, los madrileños, bordaban una vida de heroísmos, de sacrificios. Cualquier gente, desde el vendedor de periódicos a los Jefes de Estado Mayor, habría respondido sin titubeos, si alguien le hubiese preguntado, la razón de ese heroísmo:

—La libertad cuesta mucho dolor y mucha sangre...

La hidalguía de Madrid se acrecentaba al través del sufrimiento. Sus casas destrozadas, sus calles convertidas en trincheras, eran algo así como un reto a la cobardía universal. Nadie temía nada, nadie se quejaba de nada. Se diría que aquellas heridas terribles de la ciudad mostraban más cerca, si cabe, la nobleza del alma madrileña.

Entre tanto, allá en París, en Londres, unos carteles gritaban al mundo el dolor de Madrid, dolor de España. Pero ¡ay!, las democracias, plácidamente recostadas en las promesas de los dictadores, dormían...

Hoy, en este paréntesis abierto en nuestra vida por la forzada emigración, y en México, volvemos a ver aquel cartel que gritaba al mundo nuestro dolor. Al contemplarlo, se unen en nuestro cerebro y en nuestro corazón la evocación del heroísmo madrileño y la solidaridad mexicana. Dos factores que, en el futuro de nuestra existencia, han de tener influencias indudables. Fué mucha la sangre, demasiado el sufrimiento, para que pueda ser olvidado por propios o extraños. Para nosotros será timbre de gloria, para otros recuerdo de, cuando menos, terrible equivocación.

Cuando renazca la paz, cuando el mundo recobre su sonrisa, el sacrificio de Madrid, pese a todo y por encima de todo, será un ejemplo, para futuras generaciones, de cómo se lucha por la libertad. La solidaridad de México ha de ser, asimismo, una guía de sentido humano.

Cuando la paz vuelva a reinar...

Héctor MARTINEZ.

LA VOZ VIVA

La guerra de España no ha terminado. Conocemos [illegible], prolongando la desesperación a través de nuestros hijos? de las operaciones militares, pero el conflicto continúa. [illegible]tre los que contesten rotundamente no, me inscribo. Prerra es también, según la Academia Española, "toda espe[illegible]ro pagar a la maledicencia las alcabalas más penosas y ser lucha y combate, aunque sea en sentido moral". A estas l[illegible]barde para quienes me disciernan ese dicterio, renegado y combates me refiero al afirmar que no ha terminado l[illegible]ra los que por tal me tengan, escéptico, traidor, egoísta..., rella de los españoles. Lo que ha perdido en crueldad m[illegible]e todo me parecerá soportable antes de envenenar, con un lo ha ganado en virulencia política. Victoriosos y derr[illegible]gado de odio, la conciencia virgen de las nuevas generacio- continuamos odiándonos con la misma fuerza; pero rez[illegible]es españolas.

donos la pasión y no queriendo dejar sin empleo el sob[illegible] Encuentro preferible que ellas, a diferencia de la nuestra, unos y otros, respondiendo a la misma naturaleza, nos h[illegible]den para su vida, como empresas únicas, las de la razón. dividido y subdividido enconadamente. Las banderas [illegible]ería abusivo, para no decir criminal, comenzar equivocán- ñolas son, por esta causa, múltiples. Enumerarlas, indi[illegible]las por lo que se refiere a la guerra. Este hecho brutal y el nombre de cada abanderado, sería abusar de la pac[illegible]smesurado llamará forzosamente su atención. Para una del lector, y, por lo que a mí hace, renovar un sentimien[illegible]timera curiosidad quizá les sean útiles los libros que los pro- participa, a partes iguales, de la tristeza y de la indign[illegible]gonistas y testigos del drama nos aplicamos a escribir. Este Tristeza, por nuestra radical insolidaridad; indignació[illegible]e yo he compuesto se aparta deliberadamente de todo pro- la constancia con que la fomentamos. Todo hace pre[illegible]sito polémicio y declina toda intención apologética. De ha- que ni los triunfadores fecundarán la victoria, ni los de[illegible] acertado, una sola verdad resplandeciente se impondrá dos escarmentaremos en el descalabro. No hay peor en[illegible]lector: el sacrifici[illegible]o del pueblo. Este es quien, con atuendos del español —y de lo español— que el español mismo. [illegible]ferentes, y a veces sin ellos, tributó su sangre. A la inversa parte de esta verdad nos era conocida antes de que la ma[illegible] cómo se nos había anunciado, en un fácil deslizamiento del Ejército se sublevase contra la Repúbli[illegible]ca, pero los [illegible]magógico. Tómense, pues, estas páginas, no como una hisagudos no la sospechaban en su integridad. Si alguien e[illegible]ria de la guerra, sino como una contribución desinteresada a ese reproche de invidencia es Don Miguel de Unamun[illegible]ra quienes, con el debido rigor, se propongan escribirla imdefinitiva visión de ese maestro de mi juventud la locali[illegible]rcialmente. Los sucesos a la mejor luz pero con un enfoque una sesión de las Cortes Constituyentes, en la que como s[illegible]rsonal, circunstancia que elimina toda pretensión de verdad batiera ásperamente sobre unos sucesos sangrientos ocur[illegible]soluta. Confesada esa limitación, mantengo la veracidad de en Bilbao, don Miguel, irguiéndose en su escaño, interru[illegible]s observaciones. al orador con voz de profeta:

—Llegará un día en que nos asesinemos los unos [illegible]Descuento que nadie agradecerá la ausencia de recodos otros en nombre de un crucifijo de piedra o por unas ins[illegible]lémicos con que este libro ha sido escrito. Ese que me pade barro, con la quijada de un asno. [illegible]ce su mérito, será su mayor desgracia. No gustará a nadie.

Nadie estaba aquella tarde, ni nunca, para escucha[illegible]gún un amigo mío, es todavía temprano para permitirse el fecías, y Don Miguel, asordado por los murmullos, se c[illegible]jo de la imparcialidad. Pero ¿qué hacer si ese lujo es, para maba con agitar sus brazos, aspas de molino de su conci[illegible]ertas conciencias, necesidad biológica? A ellas, muchas o española. Asesinándonos hemos vivido los españoles tod[illegible]cas, va este libro. último período. Dispuestos a seguir asesinándonos, no[illegible] chamos. ¿Cuántos años guardaremos esa pasión cainit[illegible] cabe anticipar ninguna respuesta tranquilizadora. Tod[illegible] conjeturas son pesimistas. ¿Vamos a continuar en el [illegible] escorzo violento más tiempo del que la propia vida nos [illegible]

Julián ZUGAZAGOITIA.

París, 1940.

(Prólogo del libro de Julián Zugazagoitia, "Historia de la Guerra España", escrito en París en la segunda mitad del año 1939, y [illegible]itado en Buenos Aires en los talleres gráficos de "La Vanguardia".)

Senegaleses trasquilados

Los senegaleses que vigilaban, con los gendarmes, el Campo de Concentración de Argelés Sur-Mer habían oído referir a éstos que entre los españoles internados eran fáciles las transacciones más ventajosas. Joyas, relojes, plumas, ropas... Todo podía conseguirse con unos pocos francos...

Dos de estos senegaleses se deslumbraron con relatos de tal naturaleza. Sintieron que el gusanillo de los buenos negocios también a ellos les picaba, y se lanzaron a la tarea. Aprovechando un día de asueto visitaron una de las zonas en que el Campo estaba dividido. En sus ojillos brillaba un resplandor de triunfo. Ávidos, gritaban de un lado a otro:

—¡Comprar! ¡Comprar!...

Unos les escupían, con una rechifla mordaz, su cansancio. Otros, consumidos por la tragedia íntima, les mostraban su indiferencia. No faltaban quienes les saludaban con la gracia de su ingenio. Entre éstos había unos cuantos que, reunidos alrededor de una chavola bautizada con el nombre de "Los de alé, alé", quisieron entendérselas con los dos africanos. Les llamaron y acudieron.

—¡Comprar! ¡Comprar! —seguían mascullando.

Nuestros compatriotas, solícitos, les ofrecieron un par de zapatos completamente nuevos.

En un lenguaje difícil de transcribir dió principio el calaneo... Que si diez, que si veinte, que si treinta francos. Al fin hubo un arreglo. La pareja de senegaleses aceptó pagar diez francos por los zapatos. ¡Bonito negocio! —pensaron. Y en su mirada se adivinaban antorchas de alegría. ¡También ellos sabían negociar!... No iban a ser sólo los gendarmes.

Mientras se alejaban con su paso largo y cansado, en el interior de la chavola reinaba el mayor bullicio. Carcajadas, gritos, vivas... Y una botella de vino, que pasaba de mano en mano.

—A beber todos y a brindar —decían.

—¡Por la República! —exclamaban unos.

—¡Por mi Madrid! —festejaban otros.

—¡Vivan los senegaleses!...

—¡Vivaaan!...

Y un comentario, que se hilvanaba entre risas estridentes:

—¡Mira tú, que querer engañar a los españoles!...

El alborozo pasó. Y llegó un nuevo día. A la misma hora del anterior volvieron a aparecer los senegaleses. Sus miradas eran, ahora, centelleantes, iracundas. En los semblantes se recortaba un gesto salvaje. Y en las manos, como si fueran trofeos —trofeos de derrota—, estaban los zapatos de su "afortunada" compra...

Y en vano buscaban a los autores de ésta. La chavola de "los de alé, alé", se encontraba silenciosa y desierta. Y los soldados coloniales tuvieron que regresarse desesperados, sin poder hallarse a los "granujas" que se atrevieron a venderles dos zapatos del mismo pie...

EFE

En razón de la experiencia

Para los jóvenes españoles que, en julio de 1936, rompimos el ritmo de nuestras vidas para entregarnos íntegramente a la defensa de la República, recordar el pasado es una necesidad, y, por más desagradable que resulte la rememoración, es de ese pasado, en que el pueblo español fuera víctima de la incomprensión y la injusticia del mundo, de donde hemos de tomar los elementos que fortalezcan la decisión inquebrantable que debemos prometernos de que, en el futuro, sin abandonar los clásicos principios socialistas de solidaridad internacional, antes de adoptar la quijotesca postura de acudir a remediar el dolor ajeno, nos preocupemos, a lo Sancho, de nuestro propio mal.

Recordar es vivir de nuevo. Vivamos de nuevo la tragedia de que fuimos actores. Contemplemos consternados cómo, todavía, el inmenso dolor del pueblo español no despierta la sensibilidad de ciertos gobernantes, a los que les tienen sin cuidado nuestros problemas.

No queremos ahora ponernos a discriminar las causas a que obedezca semejante conducta. Ha de haberlas. Y no será la menos importante, la dictada por intereses particulares, bien apartados de los pregonados fines de la guerra actual.

Hagamos un esfuerzo y asimilemos la dura lección a diario recibida. Al enfrentarnos a los múltiples problemas en que encontraremos envuelta a España, concentremos todas nuestras energías en la solución de ellos con fórmulas españolas, para los españoles, aplastando sin piedad los intentos de resucitar la consigna y desdeñando las melífluas voces que no dejarán de venir de fuera intentando aconsejarnos "para nuestro bien".

Nuestro bien, el bien de España, será obra resultante de nuestra vitalidad, convencimiento adquirido que nos impide volver los ojos en busca de enseñanzas hacia ningún país, por muy redentor de la humanidad que aparezca a la vista de pueblos con menos experiencia.

Y que nadie suponga que hemos perdido la fe en un mundo mejor. Unidos los pueblos por lazos más consistentes que los posibles bajo un sistema capitalista rapaz, atento sólo a la perpetuación de sus privilegios, si creemos en él. Nuestro deber es construirlo comenzando por España, que se halla necesitada de una reconcentración en sí misma, de un supremo esfuerzo de los españoles para superar el atraso cultural, económico y de otros órdenes a que viene estando sometida.

Logrado esto, legítimamente orgullosos de haber triunfado sobre nuestra larga desgracia, será tiempo de—españoles al fin y al cabo—desterrar a Sancho y tomar en consideración a Don Quijote.

Arturo MAESO.

Capitalismo y proletariado

No será posible, cuando acabe la guerra, cimentar una paz auténtica, duradera y fecunda, si no se modifica el sistema económico de los pueblos. Al proletariado organizado del mundo toca, si aceptamos esta conclusión, imponer su derecho, llegada la hora, a participar, con voto de calidad, en la transformación de los métodos de producción y distribución.

La edad de la pequeña explotación pasó. Nuestra época pertenece por entero a la gran explotación. Misión obligada de los Sindicatos Obreros es ya reconocer como finiquitada esta etapa y prepararse para aplicar sus principios, poniendo gran cuidado en el período de transición.

En el siglo pasado, hasta los mismos economistas burgueses reconocían que el capitalismo tendía a multiplicar la miseria y, por tanto, la opresión; pero consideraban que esta tendencia era del capital naciente y que iría desapareciendo en proporción al desarrollo de éste. Cuanto más elevado fuese el nivel capitalista —se afirmaba—, más aumentaría el bienestar de las clases obreras. Y cuanto más se cultivase la inteligencia de los capitalistas —se añadía—, más se atenuarían los antagonismos de clase, y, por ende, más fácil sería la colaboración y el entendimiento entre obreros y capitalistas. Se preveía algo así como el imperio de la bondad y la consecución de la dicha. Poco menos que un paraíso terrenal. Tan cándidos augurios no sólo no se han confirmado, sino que la realidad ha llegado a todo lo contrario.

Si en los albores del capitalismo, la lucha obrera iba dirigida contra el hambre, contra la tortura física que representaba el modo de trabajar, contra el infanticidio en las fábricas, contra las explotaciones abusivas de toda especie, el proletariado de hoy lucha, además, por el reconocimiento de su propia personalidad, por la igualdad de derechos y por la conquista del Poder, no sólo en el Estado, sino en la fábrica.

Los intereses en pugna se levantan hoy en dos grandes fuerzas organizadas, reflexivas, midiendo su potencialidad en cada conflicto. El resultado nunca es una paz negociada, sino un respiro que permite proseguir aumentando las energías y elementos a emplear en la lucha definitiva, lucha en que lo nuevo, por el propio curso de la evolución histórica y por razones de justicia social, se impondrá a lo otro.

La superación de la clase obrera no es un mito. Es un efecto permanente de la lucha de clases. Incluso ha sido impulsada por el capitalismo moderno que, en su afanosa necesidad de ampliar sus mercados, ha ido aumentando el poder adquisitivo del trabajador, factor o circunstancia que ha desarrollado en éste ambiciones e ideales de más amplios y elevados horizontes. El problema a resolver, insistimos, no es ya sólo de orden económico, sino también de orden moral.

No renuncian los obreros a conseguir aquellas mejoras que tienden a cubrir sus necesidades de vida, cada día en aumento, como son: la manutención, el alojamiento, el vestido, el recreo, la instrucción, los seguros sociales y el bienestar de sus hijos. Quieren subir de posición y participar de los progresos de la civilización. Pero todo eso, con ser importante, no tiene otro carácter que el de "fines inmediatos". Los Sindicatos se ocupan de eso a diario, si bien como objetivo final sustentan la aspiración de suprimir un régimen que, como el actual, representa la desigualdad económica, la explotación del hombre por el hombre, el predominio de una clase sobre otra; un régimen que lleva en sus entrañas los motivos originarios de las guerras imperialistas, de las grandes crisis sociales y económicas...

Nadie se atreve a discutir en la época actual, que las guerras y las crisis económicas tienen su origen en el sistema capitalista. Bajo este régimen, la producción ha de estar reglamentada por individuos o grupos independientes entre sí, que se sostienen en la especulación de sus productos. La anarquía de esta producción se acentúa al regirse por la ley de la oferta y la demanda, y no estricta y únicamente por las necesidades del consumo.

Toda prosperidad, esto es, toda superioridad de la demanda sobre la oferta, estimula tan exageradamente la producción, que pronto se llega a la saturación o a la inflación, y los precios bajan o suben en perjuicio de los intereses colectivos o generales, y en particular de los de la clase trabajadora.

Una prosperidad continua es, pues, imposible y, por el contrario, cada florecimiento económico engendra una nueva crisis.

Antiguamente, por la inexistencia de la gran industria y la deficiencia de los transportes, estas crisis se reducían a un establecimiento o a una localidad. Hoy son de importancia mundial. Los mercados dependen directamente uno de otro, principalmente por el desarrollo del crédito, que ha extendido la producción poniendo en estrecha relación a todos los elementos que en ella intervienen: industria con industria, Estado con Estado.

Los "Trusts" y "Cartels", síntesis del capitalismo moderno, han dado a éste, en los últimos tiempos, una unidad y una potencialidad grandiosas. En lógica consecuencia, nunca han sido tan espantosas las crisis que han sacudido al mundo, como será la que se produzca después de la guerra actual.

Tras una época inmediata y breve de prosperidad económica, vendrá la crisis, crisis que deberá evitar el proletariado organizado del mundo, volcando su esfuerzo gigantesco en favor de la socialización de los medios de producción y distribución.

O. S.

PABLO IGLESIAS

La figura de Pablo Iglesias alcanzó un relieve extraordinario. Tanto como el cariño y la estimación de los militantes del movimiento obrero y socialista, contribuyeron a destacarlo las invectivas y las burlas de sus adversarios. El pudo decir, sin vanidad ni jactancia, "los que no están conmigo, están contra mí". Ahora bien; con Pablo Iglesias no estaban exclusivamente los afiliados a su Partido, sino un núcleo de españoles, militares, arquitectos, médicos, escritores, catedráticos y aun sacerdotes, que veían en él a un español representativo de la España limpia y honesta. Hemos dicho que tenía amigos entre los militares de carrera, y es verdad: algunos de los que murieron en Africa se carteaban con él y le mostraban una adhesión inquebrantable; en cuanto a que los tuviese entre los eclesiásticos... Ocurrió que una sirvienta católica se creyó en el caso de advertir a su confesor que trabajaba en casa de Pablo Iglesias; aun cuando el "señorito" era muy bueno, no sabía ella si continuar en la casa o despedirse. El confesor le oyó las alabanzas y asintió a ellas: "—Bueno tiene que ser... Es un gran español." Muchos fueron los amigos que su conducta le proporcionó a Iglesias; pero eran más los adversarios, siempre dispuestos a ver en él al "explotador de los obreros", al "chupacuotas".

Para que Iglesias alcanzase la representación parlamentaria fué preciso que se instituyese, para fines concretos, la conjunción republicano-socialista, coalición a la que Iglesias fué opuesto durante mucho tiempo. En el Comité de la conjunción coincidieron Benito Pérez Galdós y Pablo Iglesias, y el novelista comenzó a sentir manifiesta debilidad por el obrero tipógrafo. Encontró que era duro y macizo como un bloque de granito. Galdós era todo lo contrario de un hombre político, y ocurría que frecuentemente coincidía con Iglesias en la manera de apreciar las cuestiones. Iglesias tenía intuición, juicio claro y rectitud moral. Su superioridad sobre los miembros del Comité era visible, y de aquí la admiración de Galdós, que, en cierta ocasión, impresionado por un discurso de Iglesias, hubo de exclamar:

—¡Qué maravillosa cantera de hombres es el pueblo español! ¿Cuántos como Iglesias no habrá desparramados por fábricas y talleres? Los socialistas llevan a los republicanos la ventaja de tomar los hombres de la carne viva, del pueblo, que en España vale más que las clases que llamamos superiores.

Durante algún tiempo, Galdós sintió veleidades socialistas; las sintieron, por entonces, no pocos intelectuales, algunos de los cuales dejaron de su paso por el Partido Socialista un recuerdo poco satisfactorio. Otros, en cambio, se vincularon a él con manifiesta sinceridad y compenetración, habiendo alcanzado muy merecidas exaltaciones. Representando a esos intelectuales cabe poner, en justicia, a Julián Besteiro. Su presencia entre los obreros demostraba bien a las claras en qué medida era falsa la enemistad de Iglesias y los socialistas hacia los intelectuales. Tal enemistad era una invención de aquellos otros escritores y catedráticos a quienes los obreros, por haberles identificado la ambición bastarda y el snobismo, procuraron eliminar. Manuel Bueno, para no citar sino un caso, fué, no son muchos los que lo saben, afiliado a la Agrupación Socialista de Bilbao, por los días en que se ganaba la vida como temporero en las oficinas de aquel Ayuntamiento. No; felizmente podemos descargar a Iglesias de tan estúpida acusación. Su larga convivencia con Vera prueba bien cumplidamente que no sólo no recusaba, sino que buscaba la adhesión de los intelectuales. Si no alimentó las veleidades de Galdós fué porque, sin dejar de admirarle, le consideró incapaz de una evolución profunda. Tenía una mentalidad de republicano y, a sus años, le hubiera resultado imposible, o por lo menos muy difícil, variarla conforme a las nuevas ideas propugnadas por el Socialismo. Fueron muy buenos amigos, y en eso quedó todo.

Iglesias entró en el Parlamento cuando su salud comenzaba a resentirse. Realizó una labor meritísima. Usó de la tribuna parlamentaria con largueza, fijando en cada caso el criterio de su Partido. Las más de las veces le acompañaba en sus discursos el ruido de los murmullos, la chacota y las interrupciones y groserías de los diputados ministeriales. No era hombre para amilanarse, y no se dió un solo caso en que, ante la oposición de la mayoría, se le disminuyese el ánimo. Las más duras invectivas rebotaban en su pecho. Con ocasión de un discurso en que llegó a considerar lícito "el atentado personal", el escándalo arreció de tal manera que los diputados republicanos se vieron en la necesidad de ampararle. Se llegó hasta intentar la agresión. El suceso trascendió a la calle, y los periódicos tomaron partido contra el diputado obrero. En réplica a aquella campaña, la organización obrera de Madrid, que supo que a su más legítimo representante se le hacía objeto de toda clase de agravios, organizó una manifestación pública. En muchedumbre, los obreros rodearon el Congreso y al salir Pablo Iglesias le tributaron una ovación clamorosa. Iglesias no se desvaneció, pero adquirió la convicción de que pisaba terreno firme y de que su única preocupación, desdeñando los riesgos personales, tenía que centrarse en interpretar cada día con mayor fidelidad el anhelo de los trabajadores.

DEL VIEJO EL CONSEJO

Eso dice un viejo adagio español. No es que pretenda hacer uso de este adagio para convertirme en consejero de quienes, a pesar de ser jóvenes, tienen los suficientes años de experiencia, vividos con tal celeridad, que más que años fueron siglos, preñados de lecciones aprendidas entre el dolor y la tragedia de un mundo que se está batiendo con toda clase de armas contra la ciencia y el progreso de una nueva civilización humana.

Es a vosotros, a los jóvenes, a los que les está encomendada la misión de estudiar y preparar el futuro de la nueva sociedad que ha de regir los destinos del mundo. De vuestros aciertos o de vuestros errores dependerá el porvenir de la nueva sociedad que va a nacer al final de esta monstruosa tragedia que hoy asola al mundo.

Difícil tarea la que os espera, pero tengo fe en la juventud y espero que de ella salga triunfante esa empresa. Para ello es preciso no hacerse demasiadas ilusiones. Hay que dejar a un lado las falsas demagogias, tan manoseadas en nuestros últimos tiempos y dedicarse un poco más a hacer labor constructiva, sin importarnos para nada el "qué dirán" de nuestros enemigos.

El valor personal que se derrochaba en el pasado en combates individuales, hay que dejarlo a un lado, para emplearlo y derrocharlo, si ello fuera preciso, contra el enemigo invisible y contra todos aquellos otros enemigos visibles que salgan a nuestro paso.

Las Juventudes Socialistas tienen que volver a ser lo que fueron y para lo que fueron creadas. Salirse de la misión que se les tiene encomendada es cometer un grave delito, que no podría olvidar jamás el Partido Socialista, ya que con ello sólo conseguirían interrumpir la labor política que les está encomendada. Esto no quiere decir que las Juventudes Socialistas no tengan derecho a pensar y discurrir sobre los múltiples problemas que al Socialismo se le tienen encomendados; pero sus iniciativas y todos sus pensamientos deben ser enviados a los órganos superiores del partido, para su estudio y examen, antes de ser lanzados a la publicidad, y menos aun a ser puestos en práctica.

El Partido jamás ha puesto la proa a las iniciativas que le han presentado las Juventudes, y todas ellas han sido estudiadas con verdadero cariño. Hoy, más que nunca, el Partido necesita de las Juventudes, pues sin ellas sería un órgano al que le faltaría uno de sus principales miembros; pero unas Juventudes que vivan por y para el Partido; pero nunca unas Juventudes indisciplinadas y dispuestas a hacer aquello que disponga su capricho y antojo.

El pasado está lleno de experiencias duras y tristes, y por ello me atrevo a hacer estas consideraciones a los que hoy estáis al frente de la Juventud Socialista en el exilio y a los que lo estén mañana en España.

B. TOMAS

PENSANDO EN ESPAÑA

Consideran muchos, no sin tido, que lo que ahora estudiemos y proyectemos sobre el inmediato porvenir de España, serán conjeturas probablemente irrealizables, pues, la situación política, social y económica de la pots-guerra únicamente Nostradamus podría determinarla. Aducen, también, que forzosamente se habrán solucionado viejos problemas y creado otros nuevos de características muy distintas; que nos hemos materializado en demasía y acostumbrado a actuar arrastrados por la vorágine mercantil que en estos países ha suscitado la contienda; que el tiempo, la distancia, etc...

Estos argumentos deben decidir a la juventud socialista a estudiar, con más hondo interés que nadie, la situación y posibilidades que hemos de hallar a nuestro regreso a la patria. Si es cierto el desconocimiento general en cuanto a la vida interna de España se refiere, obligación primordial es preocuparnos con urgencia de sus problemas. Debemos juzgar como inadmisible la probabilidad de ser considerados extranjeros en el país que nos vió nacer y, para ello, hemos de forjarnos la capacidad necesaria a efectos de poder, desde el momento mismo en que lleguemos, entregarnos eficazmente a su reconstrucción. ¿Procedimiento? Pensar en ello asiduamente. Estudiar la situación en que hasta 1936 se desenvolvía el pueblo español, recordando la experiencia posteriormente lograda. De esta forma, razonando y discutiendo entre nosotros el por qué de unas y otras causas y hechos, a pesar de los años transcurridos, lejanía y ambiente en que vivimos, nos será factible concebir conclusiones desapasionadas y nuestra mente irá, paulatina y progresivamente, viendo luz donde ahora todo es oscuridad.

La juventud socialista debe disciplinarse en esta previa labor de sentir y pensar. Tanto porque su alejamiento de España es, lógicamente, más grave que en otras edades, como por ser quien habrá de elevarla al lugar que la corresponde. La labor no es fácil, pero en ella podemos confiar por dos causas principales: las vicisitudes en que se ha formado, la han hecho tirar por la borda muchos viejos prejuicios y, la crítica situación a resolver, exigirá, de modo contundente, el abandono absoluto de normas y reglas que antes predominaron y que le son extrañas.

Orientémonos, pues, como juventud que somos. Reavivemos ante nosotros mismos el amor por salvar y vencer los obstáculos con que España tropezaba. Divulguemos las magníficas perspectivas que se ofrecen en la industria, la agricultura y el comercio. Resaltemos las grandes virtudes, individuales y colectivas, del trabajador español, noble y apto colaborador en la obra social a realizar y señalemos, también, un defecto: nuestra indiferencia por evitar que la amistad o simpatía se antepusieran a las cualidades reales de la persona, facilitando así el acceso a los altos puestos de todo orden a quienes carecían de la preparación técnica o sentido práctico conveniente.

La juventud socialista sabe que no puede mostrarse indiferente a cualquier aspecto de los intereses públicos. Sabe cuán dura será la etapa que ha de cubrir, y debe saber, igualmente, que está obligada a exigir en sus dirigentes dos facultades mínimas: la de concebir y la de obrar. Si tiene el vigor necesario para actuar en consecuencia, habrá llenado su cometido histórico.

GUILLERMO.

JUVENTUD HEROICA

Las Juventudes Socialistas de España, tuvieron un maestro ejemplar: Jaime Vera. Este hombre extraordinario, inculcó a sus alumnos una sana educación cívica que se soldaba perfectamente con una formación política auténticamente revolucionaria. Su gran valía resalta sobre la de otros muchos de su tiempo, especialmente sobre el teórico belga Henri de Man, actual colaborador del delirio hitlerista.

Ya entonces, y con más razón en la actualidad, el Partido Socialista Obrero Español era la Universidad en que se formaban las generaciones socialistas y de las que surgirán los futuros hombres de Estado. Esta labor creadora se ha realizado en tres etapas complementarias. La inicial, o preparatoria, en las organizaciones juveniles; los cursos normales, en el seno del Partido, el que concedía la licenciatura a los alumnos que por su ética personal y brillante actuación política, demostraban haberse compenetrado con los problemas culturales, sociales, políticos y económicos de la Patria y se hallaban, por esas mismas condiciones morales e intelectuales, capacitados para desempeñar con éxito un cargo de responsabilidad en el Estado.

En consecuencia, es motivo de honda satisfacción el hecho de que los jovénes socialistas se dediquen, con ahinco, al restablecimiento de sus cuadros en el exilio. Por muchas causas, todas de índole fundamental para la causa socialista, hemos de acreditar como muy loable y meritoria, la labor que se han impuesto.

La experiencia les sostendrá firmemente en tales propósitos. Siempre recordarán las consecuencias que su pasado y accidental desviación, provocó en perjuicio de la causa socialista y de la recia disciplina con que se caracterizó, por su moral y eficiencia, la organización más potente y consciente de España. Forzosamente, en las Juventudes Socialistas han de brotar infructuosamente las consignas de unidad, completa o parcial, circunstancial o definitiva, que con insistencia alucinante s i g u e n predicando los comunistas. Por su imperturbable contumacia y por los diferentes giros que diariamente dan a sus proposiciones unitarias, hoy, como ayer, se asemejan al tahur que insiste en hacer pasar por bueno un negocio feo y sucio. No. Las Juventudes Socialistas no volverán a apartarse de su única línea política, la que resueltamente deben seguir los jóvenes cuyas inquietudes espirituales sean conforme a la causa ideológica del P. S. O. E.

Juventud Socialista de España, juventud heroica, que te batiste en las trincheras por la libertad del mundo: esa decisión que habéis tomado de restablecer vuestros cuadros es de tal importancia, que en el futuro será la gloria del Socialismo. Vuestra decisión está, además, amparada por el acuerdo de Lille y por la voluntad unánime de los auténticos socialistas españoles, guardianes celosos de las tradiciones de nuestra causa. En vosotros se fundamenta, precisamente, nuestra fe socialista, jamás debilitada por las contrariedades. Tú, Juventud Socialista Española, heredera directa de las glorias de nuestros prestigios más puros, de nuestros veteranos inmortales, eres el puntal más firme de la causa socialista, y, por eso, nuestra fe recobrará, de hoy en adelante, una mayor ilusión, una mayor solidez, y será luz que alumbre el camino del futuro, al que ya miramos con más confianza y amor.

Los trastornos que nos produjo el hecho de ser vencidos —o derrotados— momentáneamente, jamás influyeron en nuestro espíritu de lucha. Ni un solo día, ni un solo minuto, se cuarteó el edificio de nuestra moral socialista, ni tampoco un solo instante se debilitó la llama de la esperanza por el resurgimiento, más gigantesco que nunca, del Socialismo español.

En Francia, primero, y en América, después, hemos proseguido tenazmente la lucha que iniciamos en España. Y el mundo puede saber que hoy continuamos en la brega con más tesón y más brío, si cabe, que ayer en las trincheras ensangrentadas de nuestra Patria. Porque tened en cuenta, jóvenes socialistas, que los sacrificios de ayer y los penosos esfuerzos de hoy, serán coronados por el éxito. Precisamente para eso vosotros sois la guardia de honor de nuestros sufrimientos, de nuestros combates cotidianos y de los firmes prestigios de la causa socialista.

Vuestra obra iniciada es un claro exponente más de vuestra fe inagotable y sagrada. Para esa fe, toda nuestra admiración y todo nuestro respeto. Y esa obra de fecunda formación que vais a emprender valerosamente, digna emulación de otras jornadas inolvidables, servirá, no lo dudéis, para fortificar las posiciones del Partido Socialista. A vuestra gesta heroica de levantar el espíritu de nuestra causa y de agitar valientemente la llama de la fe socialista, se unirán también los compañeros que en nuestra Patria combaten fieramente al Falangismo criminal y a todos sus satélites. De vuestros cuadros juveniles saldrá indefectiblemente la luz de la verdad, y, acabada la guerra, hará brotar la redención de la clase trabajadora e iluminará a la Patria un espíritu equitativo de justicia social y de mejoramiento económico para las masas que actualmente viven atormentadas y convulsas.

* * *

Hoy más que nunca abrigo fundadas esperanzas en el triunfo de nuestras ideas. Tanto en el orden internacional como en el nacional, los ingentes problemas que surgirán como consecuencia inevitable de la guerra, tendrán necesariamente que resolverse mediante la aplicación justa de soluciones de estilo puramente socialista. Independientemente de los arreglos diplomáticos, políticos, económicos y sociales que las grandes potencias aliadas —entre sí— pongan a los graves problemas de Europa, una cosa resulta clara e incontrovertible: es que el socialismo conquistará la voluntad y la decisión espiritual de los pueblos, escarmentados ya de falsas doctrinas delirantes. Y serán esos mismos pueblos desengañados los que acudan en demanda justiciera de que se les reparen los trastornos morales que esta guerra horrible les ha ocasionado. Pedirán la organización efectiva de sus economías destruídas. Y esto sólo podrá hacerse mediante la puesta en práctica de las medidas y ajustes de equilibrio económico nacional, que sólo el Partido Socialista se encontrará con capacidad moral e intelectual de desarrollar, sin que, para la realización de tan magna obra, tenga que recurrir al atentado de las libertades individuales.

Respecto al problema anterior, aunque parcialmente, se hizo algo al término de la guerra mundial anterior; pero, realmente, aquello fué un esbozo sin contextura eficiente. Por eso terminó al consumirse a sí mismo. Carecía de fuerza propia, de vida física natural para poder soste-

Tiempos idos y presentes

Se dice que la juventud debe mirar hacia el porvenir. Esto, que determinado por leyes fisiológicas es una verdad, no debemos convertirlo en algo rígido e inflexible ni en un tópico más de los muchos estatuídos en torno a la cualidad de joven.

El individuo joven está situado dentro del seno de la sociedad en magníficas condiciones de lucha, aunque con una gran desventaja: la falta de experiencia, que se halla en el pretérito, al que hay que volver la vista de v e z en cuando.

Una experiencia que los jóvenes socialistas tenemos que recordar, nos la da una fecha: el Primero de Mayo. Precisamente en América, campo de acción de la burguesía previsto por Marx, coincidiendo con el entonces naciente maquinismo, tuvo lugar en Chicago hace más de medio siglo, un sangriento choque entre las fuerzas represivas del capital y el proletariado. Colofón del asesinato en masa de trabajadores, fué la sentencia a la horca y trabajos forzados de un grupo selecto de luchadores: carpinteros, encuadernadores e impresores que pasaron a la historia de la lucha de clases como los Mártires de Chicago.

Unos años más tarde, la Segunda Internacional —Congreso de julio de 1889— votaba el acuerdo de que el Primero de Mayo todos los obreros del mundo habrían de luchar por conquistar la jornada de ocho horas de trabajo. "El Congreso decide organizar una gran manifestación internacional en todos los países y en todas las ciudades un día en que las masas trabajadoras exigirán a las autoridades del Estado la reducción legal del día de trabajo." "Los obreros de las diferentes naciones deben organizar e s t a manifestación de que prevalezcan en c a d a país." Así fué señalado el Primero de Mayo de 1890 como el inicial.

En la actualidad ¿qué condiciones prevalecen en nuestro país? Cárceles y verdugos que encierran lo más consciente del proletariado español. Sólo se abren para dar paso a hombres-cadáveres. Si alguna vez sale alguien vivo, es para reanudar la lucha con renovado coraje contra los carceleros de la libertad. No hay tregua.

Mirando al pasado y al presente de España, recordaremos algo que alguna vez parece olvidarse: la lucha no ha terminado por el hecho fortuito de haber cruzado la frontera. Por encima de las condiciones del exilio, de nuestras actividades actuales de tipo particular y de sus resultados económicos, está la realidad cruel de España. Nuestra actividad política tiene que ser algo más que la disputa o el comentario en torno a una mesa de café más o menos bien servida. Regatear esfuerzos, escurrir el hombro en cuanto podamos hacer en cooperación de los que en España combaten, es una traición, es una burla a la sangre con que el pueblo español contribuirá para el Primero de Mayo de 1944.

Que la juventud se oriente hacia el futuro, pero abriendo una ventana a las lecciones ya serenas del pasado.

Ignacio PURPON.

---

nerse. También durante la guerra actual se ha hecho bastante en tal sentido, y se está intentando hacer muchos más por estadistas y políticos demócratas. Sólo que de la obra de éstos hay que desconfiar, porque así nos lo aconseja la experiencia y amargos motivos vividos, que tienen un peso de montaña. Las lecciones, cuando son duras y de tristes consecuencias, es preciso no olvidarlas. Y nosotros tenemos sobradas razones de peso para no olvidar lo que nos sirvió de cebo y que, al final, nos trajo un desengaño cruel y sangrante.

Pero será al final de la hecatombe actual cuando los Partidos Socialistas del mundo entero, y en particular el nuestro, adquirirán un predicamento y una fuerza insospechados. Y será entonces llegada la hora de la restauración de todos los valores morales de la sociedad.

Como dijera nuestro querido compañero Prieto, en una de sus memorables intervenciones parlamentarias, hace muchísimos años, el Socialismo está representado por un tren que ha arrancado de su estación de origen y marcha veloz hacia su destino. La imagen no puede ser más física y clara. Es de hierro, lo mismo que su autor. Pues bien, queridos jóvenes socialistas, ese destino se aproxima con velocidad de exprés. A nosotros, a todos nosotros nos corresponde vigilar los rieles contra los sabotajes, atender las comunicaciones telegráficas, que no falte carbón ni agua a la locomotora, y facilitar, en suma, que el tren llegue a su estación terminal.

Juan RUIZ OLAZARAN

Mina, un español universal

Por LALIO.

"Si la fascinación os hace instrumento de las pasiones de un monarca o sus agentes, un compatriota vuestro, que ha consagrado sus más preciosos días al bien de la patria, viene a desengañaros, sin otro interés que el de la verdad y la justicia."—MINA.

Francisco Javier Mina, el guerrillero audaz, el navarro indomable que, capitaneando toda clase de heroísmos dispersos, se ha batido gloriosamente por la independencia de su patria en lucha áspera y difícil contra los invasores franceses, siente que su alma se desgarra cuando, en vez de recrearse en los honores que ha cosechado para la historia con su gesta, tiene que huir de España. El peleaba no sólo por proteger la soberanía de nuestro pueblo, sino por la defensa de sus derechos, de su libertad. Y porque no puede resignarse a que ésta se derrumbe y sea ultrajada al paso de la carroza real que reinstala el absolutismo fernandino, se ve obligado, como nosotros en este siglo, a rodar por los amargos destinos del destierro. Su rebeldía, la que gritaba rabiosamente saltando de una montaña a otra, convirtiendo los peñascos en trincheras para detener la marcha victoriosa de las huestes napoleónicas, podía más que la vanidad de la leyenda popular que en torno a su nombre se había forjado.

Desde las costas inglesas —brumosa atalaya del exilio— Mina contempla entristecido, acaso lloroso de coraje, el panorama desconsolador que se ha apoderado de España, sobre cuyo suelo se desenfrena de nuevo el despotismo de un rey consumido por la traición. La inquietud agita y persigue su pensamiento, preocupado por las más nobles pasiones; la impaciencia estremece su espíritu en una vibración constante de lucha. Aborrece el tedio. Quiere participar en la vorágine de acontecimientos que hacen la historia. En el sueño de sus ilusiones adivina una España a la que desea ser útil. Una España con pleno dominio de los destinos nacionales ,pero abierta a las relaciones de libertad y de justicia. Afanoso busca la oportunidad de servir sus anhelos. Y no tarda en encontrarla.

De América llega un denso clamor de independencia. Mina comprende que la gloria que su patria ha conquistado, alumbrando la existencia del Nuevo Mundo, no debe empañarse con la esclavitud colonial de unos pueblos que han adquirido conciencia de sus derechos y de su personalidad colectiva. Esos pueblos no renuncian a España: odian su régimen. También Mina le odia. De ahí que considere justa su causa y no vacile en enrolarse en ella. Por lo mismo que Lafayette abandonaba Europa cuarenta años antes, afrontando la hostilidad de la Francia oficial para unirse a la empresa liberadora de Wáshington, el audaz guerrillero navarro se despide de la hospitalidad inglesa y, en mayo de 1816, parte de Liverpool con un rumbo ya determinado: el de México. Hace seis años que en la Nueva España han comenzado a librarse las jornadas de la independencia. Y quizá su esfuerzo pueda ser provechoso.

Mina, al lado de los insurgentes mexicanos, repite y agiganta sus hazañas de combatiente excepcional. Lucha con brío admirable, sin que la inferioridad de recursos haga enflaquecer su ánimo. Una y otra vez derrota a los realistas. Estos le temen. Y, cuando sus ofertas de soborno chocan con la entereza de este hombre incorruptible, organizan su caza, ponen precio a su cabeza. No es fácil la captura. Pero al fin la logran, y en noviembre de 1817 la vida de Francisco Javier Mina desaparece, para que su recuerdo se incorpore a las páginas de oro de la historia mexicana.

Sin embargo, su figura escapa a cualquier parcelación. Ante todo, es el símbolo de una conciencia universal, que glorifica el sentimiento humano. El mismo supo definirlo con estas palabras magistrales:

"La patria no está circunscrita al lugar en que hemos nacido, sino más propiamente al que pone a cubierto nuestros derechos personales".

Por eso Mina fué algo más que un guerrillero de España. Fué un guerrillero de la libertad, que acudió a defenderla allí en donde la vió pisoteada, sin importarle ni el lugar ni el uniforme del adversario. Con hombres de su talla, con hombres también como Prim, el que reembarcó a sus soldados antes que enfrentarlos a los mexicanos en la intervención extranjera de 1861, España puede asomarse al mirador de América. Nos referimos a la España generosa de la democracia, la que siente la hermandad espiritual con los pueblos de este continente en la hermandad de la libertad humana. No a la otra España, la de las águilas imperiales, las de los sueños de los virreinatos de la Colonia, pues ante esa España ninguno de nosotros vacilaríamos en convertirnos en soldados de un ejército dirigido por el recuerdo inmortal de Mina.

SI ...

Si la obra de tu vida puedes ver destrozada,
y, sin decir palabra, volver a comenzar,
o perder, en un día, la ganancia de ciento,
sin un gesto ni un suspiro;

Si puedes ser amante y no estar loco de amor;
si consigues ser fuerte sin dejar de ser tierno,
y, sintiéndote odiado, sin odiar a tu vez,
luchar y defenderte;

Si puedes soportar que falseen tus palabras
los pícaros, para así excitar a los tontos,
y oír cómo sus lenguas falaces te calumnian,
sin que tú mismo mientas;

Si puedes seguir digno, aunque seas popular;
si consigues ser pueblo y dar consejo a los reyes,
y a todos tus amigos amor como un hermano,
sin que ninguno te absorba;

Si sabes meditar, observar, conocer,
sin llegar a ser nunca destructor o escéptico;
soñar, mas no dejar que el sueño te domine;
pensar, sin ser sólo un pensador;

Si puedes ser severo, sin llegar a la cólera;
si puedes ser audaz, sin pecar de imprudente;
si consigues ser bueno, y logras ser un sabio,
sin ser moral ni pedante;

Si alcanzas el Triunfo después de la Derrota
y acoges con igual calma esas dos mentiras;
si puedes conservar tu valor, tu cabeza,
cuando la pierden los otros,

Entonces los Reyes, los Dioses, la Suerte y la Victoria,
serán para siempre tus sumisos esclavos,
y, lo que vale más que la Gloria y los Reyes,
serás un hombre, hijo mío.

Rudard KIPLING.

PALABRAS DE UN SOCIALISTA

¿Por qué los partidos coligados toman como base los principios de la Constitución de 1931? Porque era obligada una absoluta claridad de propósitos. Si algún efecto práctico ha logrado ya el pacto, es concluir con confusiones dañosas a todos. Ninguno de los Partidos signatarios, y desde luego el socialista, cree inconmovibles los principios fundamentales de la Constitución; lo lo que esos Partidos dicen con diafanidad capaz de iluminar cualquier juicio sereno, es que la Constitución será el punto de partida. Aspiramos a restaurar la República española, y la República española no es solamente un artefacto de estructura meramente formal, lo cual sería muy poco: la República española es el contenido de su Constitución, y aunque los socialistas no estemos conformes con algún principio de la Constitución, desde el momento en que a ellos hubimos de adscribir, por vía de transacción, nuestro voto, implican, todos ellos, mientras la Constitución no se modifique, un compromiso sagrado. Y esto es lo que muchos no quieren entender. A virtud del pacto y como consecuencia del efecto inmediato antes dicho, los campos quedan perfectamente deslindados. En uno, nos agrupamos quienes decimos: "Esos principios son ahora inmutables; nosotros carecemos de autoridad y de personalidad para modificarlos; nosotros, veinte o veinticinco mil refugiados, no podemos, ni debemos, imponer a una veintena de millones de españoles y a distancia de miles de millas, principios constitucionales distintos a los que aceptó la nación." En el otro campo coinciden quienes desean legislar desde aquí y según les venga en gana.

Los socialistas marchamos de cara al porvenir, como siempre. No retrocedemos, no nos estancamos, no nos detenemos. Queremos andar y andamos. Caminamos hacia la aurora que alumbrará esplendente tras esta guerra espantosa. El proletariado habrá de tener en el mundo nuevo un puesto que las circunstancias históricas hacen indeclinable. Quizá el primer peldaño a subir hacia ese altar del proletariado sea la Conferencia Mundial Obrera de junio próximo en Londres, a la que ha sido convocada la Unión General de Trabajadores de España. Advierto en su convocatoria un error, el de vedarles a los Sindicatos de países neutrales intervenir en los arreglos de paz. Justo y lógico que los Sindicatos de los países neutrales no tengan puesto en la coordinación de elementos bélicos, ya que ellos no pelean; pero en los arreglos de paz deben tenerlo. ¿Recogió nuestro oído ecos erróneos? Lo pregunto porque dentro de nosotros zumban palabras prometedoras de que la paz sería una paz para el mundo entero. ¿Acaso no somos nadie los demás en el mundo? Pero aun ateniéndonos al concepto de países neutrales ¿es acaso neutral España? Lo será, si a efectos diplomáticos se quiere admitirlo —¡y ya es admitir!— el Gobierno franquista detentador de los derechos de España, pero el proletariado español no ha sido ni es neutral. ¡Ahí están sus muertos, contados por centenas de millares, para proclamar que fué el primero en pelear por la libertad del mundo. Si no nuestro mezquino esfuerzo verbal, la generosa sangre de tantas víctimas asegura al proletariado español en el concierto de la paz un puesto que nadie en justicia le puede negar.